



## El católico postmoderno: Razones culturales del advenimiento y religiosidad débiles de un creyente de fe.

The Postmodern Catholic: Cultural Reasons for Advent and Weak Religiosity of a Faithful Believer.

DOI: 10.32870/sincronia.axxviii.n85.40a24

Fabian Acosta Rico

Universidad del Valle de Atemajac (MÉXICO)

CE: [generalmiramont@yahoo.com.mx](mailto:generalmiramont@yahoo.com.mx) / ID ORCID: [0000-0002-3935-4709](https://orcid.org/0000-0002-3935-4709)

Esta obra está bajo una licencia



Recibido: 26/09/2023

Revisado: 19/10/2023

Aprobado: 06/12/2023

### Resumen

El presente artículo se propone explicar el modelado o bruñido cultural de un nuevo tipo creyente religioso que surge como resultado de la modernidad y la secularización y de la postmodernidad y postsecularización. Este nuevo *homo religioso*, por la influencia culturales a las que ha sido expuesto, se toma los asuntos de la religión y la espiritualidad con informalidad y hasta lúdicamente; y más por que las creencia, ideas y prácticas religiosas han sido trivializadas por el propio mercado mundial de las religiones tan propio de estos tiempos de postsecularización. Nuestro nuevo *homo religioso* encarna, como es nuestra intención demostrar, en el católico postmoderno; un tipo de católico desdogmatizada que no tiene problema con adoptar creencias distintas o incluso contrarias a su credo: quizás por moda o por simple recreación, dado que así está habituado, incluso neuronalmente, en esta sociedad sobre-tecnologizado en el que estamos expuestos a una excesiva circulación de todo tipo de datos o información que, en algunos casos, nos invitan a la lealtad efímera y la identidad pasajera. El artículo concluye afirmando que es muy probable que la religión no se extinga totalmente a futuro, sino más seguirá transformándose en la inexorable incorporación de los símbolos, ideas y creencias religiosas al *esoterismo de masas* y al mercado mundial de las religiones.

**Palabras clave:** Homo religioso. Católico postmoderno. Esoterismo de masas. Postmodernidad. Postsecularización.



## Abstract

This article aims to explain the cultural modeling or burnishing of a new type of religious believer that emerges as a result of modernity and secularization, and postmodernity and post-secularization. This new homo religiosus, influenced by the cultural forces to which they have been exposed, approaches matters of religion and spirituality with informality and even playfulness. This is due in part to the fact that religious beliefs, ideas, and practices have been trivialized by the global market of religions, which is characteristic of these times of post-secularization. Our new homo religiosus embodies, as we intend to demonstrate, the postmodern Catholic: a type of de-dogmatized Catholic who has no problem adopting beliefs that are different or even contrary to their own creed, perhaps out of fashion or simple recreation. This is because they are accustomed, even neurologically, in this over-technologized society where we are exposed to an excessive circulation of all kinds of data or information that, in some cases, invite us to ephemeral loyalty and fleeting identity. The article concludes by asserting that it is very likely that religion will not completely disappear in the future, but will continue to transform through the inexorable incorporation of religious symbols, ideas, and beliefs into mass esotericism and the global market of religions.

**Keywords:** Religious man. Postmodern catholic. Mass esotericism. Postmodernity. Postsecularization.

Somos del entender que la Iglesia ha sabido manejar su riqueza o diversidad cultural y hasta carismática mediante procesos de inculturación y de sincretismo que, en la medida de lo posible, no comprometían la esencia de su magisterio y de la enseñanza crística, había una concesión hacia la pluralidad bajo el manto de una homogeneidad religiosa tolerante con las singularidades culturales sin comprometer las formas jerárquicas y la ortodoxia; pero todo esto cambió con el advenimiento de la modernidad que tuvo sus primeros atisbos en el renacimiento para después cobrar fuerza e influencia en los siglos XVIII y XIX con el liberalismo y el positivismo respectivamente.

Ya en pleno siglo XX tal y como lo describe Zygmunt Bauman nos topamos, con dos modernidades: una totalitaria y autoritaria que secularmente sacralizó la ideología y con ella al Estado tanto al fascista como al comunista; esta modernidad es la que este sociólogo polaco llama solida u orwelliana y a la otra, la que ha crecido en las sociedades democráticas, capitalistas y liberales es a la que denomina modernidad líquida. En lo que respecta a la modernidad líquida, marcada por el signo de una supuesta libertad colectiva e individual sujeta por no decir manipulada



o enajenada por las seducciones de la sociedad de mercado, en ella impera una atomización del individuo y su reducción a la condición ya no de creyente, ciudadano sino de simple consumidor o de cliente para el mercado tanto local, nacional como global.

El individuo emancipado, libre para seguir cualquier opción doctrinaria, ideológica, filosófica... cómo no le satisface el sermón dominical y menos la liturgia que lo revista; hay una suerte de autodidactismo, el nuevo creyente aprende de quien quiere y cuando y donde quiere. Como nunca es respetada la individualidad y el derecho de elegir que productos culturales consumir: dígame de esparcimiento o de formación y tal acción se realiza con toda informalidad y sin comprometerse, al fin que para los que ofertan en este mercantilismo cultural o de consumo yo soy un cliente; y el cliente siempre tiene la razón; al cliente lo que pida. Ahora bien, si antes el señor del pulpito tenía la exclusividad ante la grey necesitada o demandante de formación o instrucción ahora son muchos y diversos los predicadores publicitándose para solucionar o palear los problemas existenciales o espirituales de sus tentativos clientes.

Bajo este contexto y dinámica, el presbítero es uno más de entre muchos proveedores hierofánicos: dispensadores de remedios espirituales enlistados en el mercado de la fe; y uno que compite con desventaja queriendo seguir, en algunos casos, viejas fórmulas clericales baldosadas en la esperanza de cierta incondicionalidad y fe robusta de los miembros de su grey. El viejo clericalismo consiste en el monopolio del clero sobre los asuntos de la fe y en un laicado infantil dispuesto a obedecer y a no cuestionar al clérigo: ese clericalismo es cada vez menos observado y seguido sobre todo por las nuevas generaciones de fe laxa y débil que han pasado por un proceso cultural de desdogmatización y mercantilización de lo sagrado (fe a la carta). (Silva, 2006, p. 56)

Si antes el oficio de hierofante, de hombre o mujer sagrados, requería de todas las acreditaciones que con toda oficialidad y formalidad podían dispensar instituciones religiosas respaldadas por una ampulosa tradición y constituidas históricamente; hoy el ejercer en el ámbito de lo sagrado o en el simulacro de éste no está exento de informalidad y a veces de improvisación; anteriormente bajo una regulación tradicional, el hierofante dictaba quien era un verdadero creyente, quien un apostato o un impío; ahora la subversión de las jerarquías bajo una disposición



clientelar, aplicando criterios muchas veces pragmáticos, el creyente es el que determina a quien le da o le reconoce la dignidad de hombre o mujer sagrados con base a la eficacia de lo que vende: sus prácticas o formulas espirituales me resultan eficaces, cautivadoras o sorprendentes entonces tienes mi crédito y reconocimiento que importa, si no has egresado de un seminario o si desde pequeño fuiste formado en un monasterio tibetano o has llevado una vida contemplativa en una *tariqa* bajo la estricta observancia de un maestro *sufí*. Aclaro tener la acreditación de una religión, y más de una oriental, no se menosprecia del todo y puede servir mercadológicamente para que alguien pueda venderse como todo un gurú de la New Age; pero, también es cierto que como nunca un aspirante a guía espiritual puede autodidactamente formarse sin necesidad de ninguna bendición obispal o de cualquier otro líder religioso: véase el caso bastante sintomático de Claude Vorilhon, o Rael (como el mismo se autonombro) fundador del culto ufológico Raelianos, quien para ganarse la credulidad e obediencia de sus seguidores se auto-acredito como maestro espiritual al afirmar que había tenido un encuentro extraterrestres en 1973, de una civilización llamada Elohim misma que supuestamente habría creado a la humanidad.

En el seno del cristianismo, el protestantismo aventajo mucho en esta ruta hacía la superación del clericalismo al sostener la doctrina del libre examen basado en el principio de la unción del Espíritu Santo la cual le otorgaría al creyente el criterio y discernimiento necesario para, infaliblemente, comprender el mensaje de Dios revelado y plasmado en las *Sagradas escrituras*. Tal idea, como lo explica Silva: “atacaba de raíz la función magisterial (docente) de sacerdotes y obispos, dejando en cierto sentido en igualdad de condiciones al clero y al laicado”<sup>1</sup>. (Silva, 2006, p. 55)

Es de esperarse que cada vez tengamos más laicos utilizando las redes con la intención de formar a sus pares rompiendo esa división que, desde el siglo XIX, estableció la Iglesia católica: son

---

<sup>1</sup> Sobre la dignidad y papel del laico el Concilio Vaticano II lo dejo bastante claro: “En los documentos conciliares podemos constatar que se llegó a un acuerdo casi unánime a favor de la “definición” del laico: es miembro real y activo del Pueblo de Dios; posee, como bautizado, la plenitud de la dignidad cristiana y humana; participa en la triple función sacerdotal, profética y real; ejerce la tarea secular como don particular de la gracia; tiene la misión propia de buscar el Reino de Dios a través del manejo de las cosas temporales.” (Sánchez, 2012, p. 17)



dos las iglesias: una iglesia docente integrada por el Papa, los obispos auxiliados por los sacerdotes y una discente; una que enseña y la otra que aprende o que es instruida. Estos laicos metidos a *influencer* especializados en asuntos de fe no necesariamente serán improvisados o autodidactas; muchos tienen estudios teológicos o incluso pudieron cursar estudios truchos en algún seminario. Ante la realidad de liderazgos católicos laicos creadores de opinión e instructores espirituales de otros laicos, resulta interesante preguntarse qué tanto están subordinados a la tutela moral y doctrinal de un hombre o mujer consagrados. Suponemos que el clero está dispuesto a prohiar y darles oportunidad a la iniciativa y participación a estos católicos militantes siempre y cuando estén bajo su dirección y observancia.

¿Es el tiempo de los laicos y también de los buscadores informales de la iluminación? Hay signos que indican que sí. Para ser un líder religioso o espiritual amateur con público y presencia sólo se necesita una computadora o un buen *smartphone* y una conexión a Internet y cierta destreza básica en el manejo de las redes sociales.

Ya transitaron las sociedades occidentales por un proceso histórico inveterado de secularización que amago e hizo retroceder la influencia de los clérigos; ahora como veremos estamos ante una postsecularización que tiende a popularizar y diversificar lo sagrado haciéndolo asequible para todos los consagrados y los legos.

Vayamos por parte, empecemos con la secularización esta como la define Feria Arroyo, implicó la liberación de las sociedades de los imperativos y directrices de la religión, es decir, gradualmente se fueron desacralizando; el poder temporal ya no requirió de la legitimación clerical, Dios y lo religioso fueron relegados a los espacios templarios o de culto; en el caso del individuo este abandono el viejo teocentrismo y emancipó su conciencia de los principios y preceptos de la fe dominante y más profesada. (Feria, 2015, p. 211) Hay que entender que la secularización no fue un fenómeno global sino localizado: más representativamente en la civilización cristiana; pero, hay casos como el de China y Japón que por su cuenta han patentizado su muy particular proceso de secularización ya sea por el peso e influencia de una ideología como el marxismo-maoísta o por una



progresión hacia su occidentalización una que, en su asimilación, terminó siendo reinventada desde lo imaginarios culturales propios o vernáculos.

Con la secularización, bien lo advierte Mardones (2004), devino el debilitamiento progresivo de los símbolos, roles e instituciones religiosas. (p. 21) Pero, como lo apunto Barrero Salinas, salvo casos radicales como los países que adoptaron el comunismo más ortodoxo, la secularización no implicó la extinción total de la religión, sino más bien la pérdida del imperio y hegemonía de una de ellas (Barrero y Ojeda, 2011, p. 17). En el caso de los pueblos latinoamericanos y de México en particular esa religión no fue otra que la religión católica; este destronamiento permitió el emerger de otros cultos, movimientos religiosos y religiones en lo que podríamos llamar una multiplicidad débil en la que aún la fe católica, como es nuestro caso, mantiene cierta preponderancia y prevalencia; pero, cada vez más disminuidas conforme avanza el descreimiento, la apatía o indiferencia religioso o la inquietud por otras alternativas o vías de reconexión con lo sagrado o lo divino como las que ofrece la *New Age* y junta con ella el cada vez más pujante *esoterismo de masas*. En opinión de Quezada Chaves, sólo un grupo cada vez sectorizado y posiblemente más reducido de profesantes y seguidores de la religión antes imperante mantienen un interés y una praxis religiosa como la de antaño; mientras que el resto se mantienen en un escepticismo pragmático que los conmina a vivir como si Dios no existiera seguros de los auxilios que les pueden proporcionar la tecno-ciencia y los recursos económicos que tengan a su alcance; sólo cuando estos le fallan recurren a sus creencias religiosas; desentierran de lo profundo de su psique, animados quizás por la desesperación, los resquicios de su fe en lo sagrado o divino. (Quesada, 2016, p. 5) Una advocación mariana o un santo muchas veces son la respuesta y la solución a una enfermedad fulminante.

Sólo cuando el mundo se me problematiza buscó con emergencia sacralizarlo; que lo religioso lo vuelva a reacomodar y a dotarlo de significado. Nadie quiere el caos ni lo puede sortear salvo que sea un nihilista muy determinante o delirante. En cambio, para el creyente de antaño no existe la casualidad ante la imagen de un Dios omnipresente y omnipotente; cualquier curso que tomara la vida, para bien o para mal, todo era una decisión de lo Alto; el destino estaba dado para



toda creatura, para la creación entera, por la Voluntad Divina. Con la secularización vino el eclipse de Dios; este desapareció de nuestra cotidianidad; hubo un desencantamiento o desmagificación del mundo; pero como lo afirmamos unas cuantas líneas atrás es imposible vivir en el caos y en el nihilismo fue, entonces, necesario sustituir al insustituible, a Dios como principio ordenador y garante del orden, ¿quién tomó su lugar? La diosa razón y su consorte la tecnología; pero ninguno de los dos surgió de la nada; su artífice, el hombre, el resultó glorificado, se le reconocieron sus derechos universales, a él se le sacralizó por lo bajo (de la creación a la creatura y no como en antaño del Creador a la creación). El ya no esperaba heredar el mundo gracias al Cielo; dejó de mirar arriba para fijarse en lo que tenía abajo, donde pisan sus pies; él tenía toda la naturaleza por conquistar y recrearla a la medida de sus necesidades, deseos o antojos. El hombre auto sacralizado en la medida que conquistaba (científica o tecnológicamente) desacralizaba o secularizaba. Pero la conquista del mundo, o mejor dicho de la realidad, no sea completado, aún quedan ámbitos que se resisten, aspectos todavía irreductibles de la existencia donde lo religioso aún campea por sus fueros; se puede decir que la secularización no es un proceso homogéneo; más en la creencia de los más cientificistas pretende serlo. Pero ocurre que en su avance la ciencia no deja de toparse nuevamente con el misterio; ese misterio por el que discurre el espíritu de lo religioso; igual con la tecnología conforme va haciendo posibles las promesas de un transhumanismo que retoma las inveteradas inquietudes de trascendencia ella también se auto sacraliza.

La modernidad que prometió, desde sus albores, descubrimientos científicos, desarrollo tecnológico y prosperidad económica no hizo posible con estas altas expectativas la construcción de la utopía final; el hombre de la modernidad despertó de este sueño; vio desdibujarse la ilusión ante una realidad rota: desigualdades sociales, disparidad económica entre las naciones, crisis ambiental, conflictos internacionales... la posibilidad de una *Armagedón* está de nuevo latente y uno que bien puede ser bélico o muy probablemente ambiental. Como lo apunta Mardones (1988) en este contexto de desencanto hacía la modernidad, emergió una postmodernidad sumamente crítica con ella que vio en la religión a la instancia capaz de llenar el vacío que dejó el fracaso de la utopía moderna. (p. 122)



Permite la religión a una inmensa mayoría no intelectual expresar sus críticas y malestar hacia una modernidad que insistió en desacralizar la realidad logrando, a los ojos de muchos anti-modernos, sólo marchitarla en la forja de un progreso tecnológico y económico comprometido, principalmente, con una materialista y hedonista sociedad de consumo. El nuevo hombre, el de la postmodernidad acudió a la religión, en todas sus versiones e incluso en sus actualizaciones, en busca de consuelo y esperanza ante este desastre espiritual, moral y material. Los vaticinios de la extinción del pensamiento mítico, mágico y religioso fallaron.

Después de la *muerte de Dios* vino su resurrección; pero, en un campo socio cultural distinto, uno postmoderno, privado de *metarrelatos*; es el fin de todo dogmatismo, ya no hay certezas epistemológicas ni ontológicas, hay una propensión hacia el vacío respecto a la posibilidad de una verdad última o definitiva; ni la ciencia y su esfuerzo por darnos conocimientos probados, racionales y objetivos no son validados por una postmodernidad que relativiza y subjetiva toda afirmación que coquetea con el dogmatismo, el esencialismo y el universalismo; está constante atentó contra el viejo cientificismo pero también arrolló en su avance el edificio de la metafísica no más un dogma religioso, al menos en las sociedades occidentales, se erigiría como hegemónico y absoluto.. (Barrero y Ojeda, 2011, p. 20)

Es así que llegamos a una postsecularización en la que no hay una resacralización del espacio y el tiempo a partir de los dictados de una verdad revelada, distinguida como supra-humana; hay, más bien, un retorno de lo religioso; pero, comprometido con el juego de la pluralidad y diversidad cultural. Como afirma Mardones, lo sagrado afectado por esta postmodernidad:

No recorre un sólo sendero, en la dirección de las religiones institucionalizadas, sino que prolifera a la vera de esos caminos más consagrados y en manifestaciones más o menos inesperadas. Tiene el carácter de algo abierto y hasta versátil y desestructurado. (2004, p. 41)

En esta reinención de lo sagrado obligada por el esfuerzo del creyente contemporáneo de readaptarlo a un contexto de postmodernidad, ya no hablamos de la Religión así con mayúscula, eso quedo atrás, al menos para el mundo religioso occidental, en el que por Religión entendíamos



cristianismo y para los países como México, de tradición hispánica, la aludida no era otra que la fe católica; ahora debemos hablar de religiones y de otra pluralidad de grupos y movimiento religioso como los cultos, las sectas obvio sin excluir a las iglesias que ahora reaparecen más no fortalecidas y si expuestas en el mercado mundial de la religión en el que, por cierto, sobran los competidores de caris religioso o espiritual. Cualquiera de estos competidores, casi por razones de marketing religioso, pueden acreditarse como los depositarios de la verdad última, como la vía exclusiva hacia la trascendencia... pero desde una perspectiva global deberán manejarse desde las reglas del respeto, la tolerancia y de la libre competencia en el entendido de que las demás opciones tienen igual que ellos el mismo derecho a existir sin importar que tan añejo o de reciente hechura sea sus dogmas y rituales.

Como lo señala Vattimo (2021) este mercado mundial de las religiones se antoja como la Babel del pluralismo en la que permanecen, aparecen e incluso desaparecen los dioses y lo hacen no por un dictado de alguna autoridad política o religioso, sino por su incapacidad de ganar y mantener su clientela religiosa. (p. 27)

Hoy podemos escoger y en la variedad está el encanto de esta postmodernidad; pero, también su condición liquididad y falta de centralidad y seguridad; a todas las religiones presentes e incluso a las que estén por emerger ya han sido tocadas por la secularización en el sentido de que han sido desmitificadas mas no lo suficiente como para no funcionar y operar como dispensadores de promesas de redención, salvación o si se quiere, en un plano más humano, de felicidad o de consuelo escatológico (le temo a una visión nihilista de la muerte; pues acudo a la religión que me dibuje un más allá al que van las almas descarnadas).

La secularización no logró acabar con las religiones; la postsecularización las puso de vuelta en circulación; pero en una escena cultural fluida que ya no tolera protagonismos y en la que la última palabra la tiene, democráticamente, el público, los espectadores que están allí, en las gradas del globo, para ser convencidos por los hierofantes más acreditados y hasta por los que improvisan sus cultos y praxis religiosos. Estoy aquí, navegando en Internet, consultando mis redes sociales, haz tu mejor esfuerzo y sorpréndeme, esta es la cómoda posición del individuo postmoderno. En la



escena cultural occidental, desde los años sesenta, han estado irrumpiendo gracias a la translocalidad creencias religiosas de las más distintas latitudes; llaman la atención las de procedencia oriental: occidente, desde siempre, se ha empeñado en evangelizar a los pueblos del mundo, incluidos los orientales, y estos se han resistido; pero, con la postsecularización ahora son ellos los que han emprendido su cruzada espiritual a través de sus gurús y santones regresándonos el favor en su afán de convencernos acerca de sus creencias y dioses. Aparejado con el orientalismo también hay un resurgimiento del esoterismo en general. ¿A qué se debe esto? Quizás a que la modernidad y su cientificismo difícilmente le pueden aventurar al individuo, con sus eternas preguntas existenciales, alguna respuesta medianamente satisfactoria, es decir, de que me sirve saber, en un sentido de vida y trascendencia, que la tierra tiene aproximadamente una edad de 4 mil 540 millones de años o que los átomos pueden ser divididos en protones, neutrones y electrones... (Mardones, 1988, p. 124). Despreciamos al dogma y a la metafísica, pero no ideamos un pensamiento filosófico capaz de suplirlos; dimos pie para que nos invadiera la nebulosa esotérica, la New Age y el esoterismo de masas.

La nueva religiosidad producto de la postsecularización y de su consustancial pluralidad y libertad religiosa no exige una fidelidad religiosa recalcitrante, la fe débil, desdogmatizada, de la que habla Vattimo, le permite al nuevo *homo religioso* decidirse por una religiosidad a la carta. Entiéndase, nuestro católico postmoderno, objeto de este estudio, puede perfectamente seguir llamándose católico y practicar yoga en toda regla recitando *mantras*, obedecer o seguir las leyes de la atracción universal, leer con interés el *Libro de Urantia* e ir de vez en cuando a que le lean las cartas del Tarot.

En este retorno de lo religioso, con toda su volatilidad, el individuo o los grupos sacralizan fragmentos y momentos de la realidad; al menos en occidente, el cristianismo y en particular el catolicismo ya no posee los favores ni las preferencias de los poderes temporales (políticos y económicos) para influir y dar significación al entorno social en su completitud.

La debilidad de la Iglesia católica se ve traducido en una relación inversamente proporcional a un mayor grado de libertad de sus fieles, quienes optan por un cristianismo no religioso o, en el



mejor de los casos, no exigente o de exigencia mínima que se traduce en una menor fuerza e influencia de la Iglesia. Por otro lado, Dios retorna en la postmodernidad bajo los parámetros de la postsecularización, la cual actúa como prisma ante la idea y representación que de Él tiene el creyente: Dios se descompone en muchas representaciones que, desde sus contextos culturales, manifiestan con parcialidad o totalidad lo divino, lo trascendente; en este abanico o desfile de divinidades el viejo Dios del teísmo termina por perderse. Un nuevo Dios para un nuevo tipo de creyente afectado por un nuevo paradigma cultural comprometido con la diversidad, la inclusión, el relativismo, la subjetividad...; un paradigma que deja e incentiva el fluir o el devenir de las formas religiosas, creencias, normas, valores, modelos políticos, cánones estéticos... En este imperio de la incertidumbre nuestro creyente no puede menos que estar confundido o vive de certezas momentáneas, efímeras, las que puede procurarse en su eterno consumir; finalmente, y esta es la realidad, él tampoco quiere comprometerse total o para siempre con ninguna idea o ideal del tipo que sea. Todo es pasajero incluida la militancia y con ella las convicciones. Pero vayamos por parte, intentemos definir primero al sujeto de la postmodernidad para luego dar con el nuevo *homo religioso* y pasemos luego a definir al católico multifacético, sujeto de nuestro estudio.

¿Quién es el individuo postmoderno migrante o nativo digital? Para describir los rasgos tempranos de nuestro sujeto postmoderno acudiremos a Lipovetsky y a su obra *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (2000). De entrada, explica el autor que nuestro individuo vive anclado en el presente: está desvinculado por igual del pasado y es indiferente con el futuro. Respecto al pasado ha dejado de sentir el orgullo de pertenecer a un linaje, aunque sea modesto que lo dignifique bajo la idea de un sentido de pertenencia parental o consanguíneo; para muchos es casi prioritario desmarcarse de su familia; y suele darse el caso de que sus compañeros de cuarto (*roomies*) con quienes comparten los gastos y el alquiler de una casa o departamento: ellos pasan a ser su nueva familia; su familia de este momento no la del ayer ni siquiera la del mañana.

El futuro tampoco le preocupa mucho; el tránsito hacia un porvenir se le resuelve y presenta en cada actualización o mejora de los rudimentos tecnológicos con que suele rodearse; es nuestro



individuo un eterno adolescente que no suele percatarse del paso del tiempo; prefiere ignorar que hay un mañana que lo persigue y le da alcance cada día. El postmoderno no ve hacia adelante y, sí lo hace, es por curiosidad o con anhelo, a veces mórbido, incentivado por afanes de consumo tanto de productos facticos como virtuales, se pregunta: ¿en qué fecha se estrenará la nueva saga futurista de tal o cual franquicia? Se plantea con ilusión, casi pueril, para el próximo mes saldrá por fin la nueva consola de videojuegos... ve el futuro como una posibilidad de procurarse nuevos entretenimientos y distracciones. (Lipovetsky, 2000, p. 51) Con el pasado es más desapegado y a veces hasta indiferente pues representa lo fijo, la imposición generacional y si algo quiere es desmarcarse de creencias y tradiciones que le digan como pensar, sentir y actuar; ante todo aspira a ser libre y no llevar ninguna etiqueta impuesta del ayer que lo vuelva predecible, que le dé una identidad que no haya consentido o buscado por sí mismo; nada le resulta más chocante que la voz imperativa de los progenitores dejándole en claro:

[...] en esta casa, por tradición, somos católicos porque así nos lo inculcaron nuestros abuelos y padres, así que nada de vestir un *hiyad* y recitar el *Corán* y menos andar con la excentricidad de ponerse un turbante o de plano raparse y hacer Yoga, esa práctica invoca dioses falsos, es decir, demonios disfrazados de seres celestiales...". (p. 54)

A nuestro sujeto postmoderno, Lipovetsky lo identifica como el narciso moderno por su decidido egocentrismo, siempre mirándose el ombligo, creyéndose el blanco de todas las miradas, los comentarios y las críticas; se rinde culto a sí mismo y para esto se vale de un menú amplió de remediadores del alma: por igual acude a psicoanalistas que a gurús o chamanes; quiere saber quién es y si las respuesta está en su carta astral contactará en línea a un astrologo o descargará la *apps* que en automático le dé la interpretación de las influencias zodiacales en él. Nuestro *homo psicológico* esta habido de sentirse único, especial y por ende diferente. Es presa, como lo afirma Lipovestky, de los exotismos religiosos dígame esotéricos, neo-espiritualista, New Ages... que encuentra en venta en el mercado mundial de las religiones; muchos de ellos de adquisición expedita y de consumo facil.



El nuevo narciso con todos sus desarraigos y rompimiento lanza a cada momento la terapéutica pregunta remedial de su interminable insatisfacción ¿dime quién soy? ¿Acaso soy algo? Pues sí eres algo; sería la respuesta; pero eres, ante todo, un ser fluido, cambiante, inestable e indeciso; si el mitológico narciso miraba en el espejo de agua, aletargado, su hermoso rostro en cambió su versión contemporánea agudiza la mirada intentando retener una imagen suya en el fluido río, de caudal trepidante, que es el ciber-espacio siempre en constante agitación en sus redes sociales, páginas y plataformas. A diario le pregunta y a veces a cada instante a este escurridizo espejo, llamado Internet: ¿Qué opinan los usuarios de mí? ¿Por quién me toman? ¿Cuánto me admiran o adoran...? Como nunca el individuo de esta postmodernidad se presta demasiada atención. Está al pendiente y preocupado de su Yo siempre receptivo que se debate todo el tiempo entre llenarse y vaciarse con todo lo que arrastra el aluvión de información e identidades que circulan en esta modernidad líquida.

Las instituciones que aún siguen facultándole a los individuos un determinado estatus y rol son cada vez más desestimadas en su papel de dar identidad; nuestro narciso no quiere que le impongan un nombre y una tarea; de hecho, no tiene la sustancialidad suficiente para sostenerlos: hoy es esto, mañana no; todo depende, en este juego de máscaras o personalidades, de que elegirá de la policromía identitaria arrastrada por el caudal de los productos culturales de esta postmodernidad.

Receptivo y cambiante, indefinido y volátil... nuestro narciso moderno es maleable por una plasticidad dada como resultado de una debilitada voluntad. Esta deficiencia le acarrea problemas y conflictos pues no sólo es presa de las influencias exteriores que en todo momento lo circundan y abruman; en su interior priva la anarquía y sede fácilmente a sus impulsos o arrebatos. Víctima de una incontinencia emocional su fragilidad y vulnerabilidad lo vuelven susceptible y reactivo al grado de la impudicia. Necesita, con cierta urgencia psicoemocional y psicosocial de un centro de gravedad, como lo señala Lipovetsky, que le dé estructura y con ella ecuanimidad y autocontrol; pero su carencia deriva precisamente en esa voluntad débil que lo lleva a confundir la rabieta caprichosa y a veces pueril con la rebeldía denunciante y justiciera. (p. 56)



Este es nuestro individuo postmoderno bruñido con sobresaltos y sorpresas por esta modernidad líquida, de la que habla Bauman. Una voluntad débil podría palear su carecía con un Hermano Mayor entendiéndolo como una figura de autoridad confiable, recta y diligente a la cual acudir en búsqueda de resguardo y orientación; en su tiempo esa figura de Hermano Mayor la concretó el Estado y siglos más atrás la Iglesia; pero el individuo de esta modernidad tardía y líquida, vulnerable y narcisista, prefiere aventurarse por el mundo a expensas de sus decisiones y de lo que reconoce como satisfactorio, entretenido, agradable o deseable.

Hay mucho que elegir en nuestra sociedad de mercado, que todo lo mercantiliza, le ofrece un mundo de infinitas posibilidades en todos los sentidos entiéndase que en él las ideologías sobran; religiones las hay de todo tipo; vías espirituales, que decir, puede escoger la que más le agrade o acomode, identidades culturales, causas sociales de las más dignificantes y exaltantes para nuestro narciso tiene muchas... como no caer por entero ante la seducción de estas posibilidades que, todo el tiempo, se están actualizando y renovando; comprometerse con una por siempre ¡para qué!: ayer fui *darketo*, luego *híster*, mañana progresista, ambientalista y vegano. Como dice Bauman:

Para que las posibilidades sigan siendo infinitas, no hay que permitir que ninguna de ellas se petrifique cobrando realidad eternamente. Es mejor que sigan siendo líquidas y fluidas, con “fecha de vencimiento” para evitar que despojen de accesibilidad a las otras oportunidades. (Bauman, p. 68)

Asentado en el presente, y ejerciendo su derecho y divertimento de elegir, se decidirá al momento por las opciones que mejor lo hagan sentir, que más lo exalten y funcionen; sin con el paso del tiempo las abandona o cambia, no debe extrañarnos, es parte de la rutina y dinámica de este inexorable fluir que opera dentro y fuera de nuestro individuo postmoderno, al que reconocemos como un ser camaleónico perdido y asombrado en la “casa de los espejos”. Llegar a convertirse en algo o ser alguien por fin, sostiene Bauman, pondría fin a este juego de mutabilidad cultural que tanto le agrada: “tú sé que lo que quieras ser” (p. 68) y sigue rotando tus identidades



las veces que quieras, al fin, en tu interior no hay un centro de gravedad que te ancle ni un Hermano mayor que te dicte una norma o un criterio identitario.

Ante el desfile de las posibilidades identitarias imagina o fantasea que están allí sólo para él, para su deleite egocéntrico, mientras se mira el ombligo. Vaya que son muchas las posibilidades que se le presentan; puede que las quiera todas; pero, tiene que elegir sólo algunas de momento, no puede cancelar a capricho su finitud y puede que también sus recursos monetarios no sean del todo ilimitados (las máscaras cuestan), esta situación lo angustia; por eso tiene que priorizar y descartar. Como dice Bauman, la tragedia de nuestro consumidor está no en la escases sino en el exceso: el exceso lo abrumba y lo rebasa y es posible que escoja con arrebatado o impulso seducido por la publicidad más llamativa o convincente; por ejemplo, si se topa con un anuncio en Internet, supongamos, de una iglesia cristiana, como la de los Santos de los últimos días (la Mormona) en el que es invitado recibir una visita de oración y predicación por jóvenes multiétnicos de agradables rostros e inocentes sonrisas, puede que esto baste para que diga nuestro sujeto postmoderno ¡porque no! démosle una oportunidad a estos joviales predicadores al fin que ya me canse de mis actuales creencias religiosas; ya es tiempo de renovar (p. 69)

Nuestro individuo sabe que puede elegir ese es su gran derecho y me atrevería a decir que también su superpoder otorgado por esta sociedad individualista conformada no por creyentes ni siquiera por ciudadanos sino por clientes o consumidores. Si tiene la necesidad de alguna directriz o guía o simplemente si tiene el antojo de aprender o ser formado; ya no versa, como en tiempos más pretéritos o antiguos, que el maestro elegía al alumno por sus cualificaciones, actitudes y capacidades; ya no; ahora es justo al revés; el aprendiz es quien selecciona a quien le prestará atención y le endosará algo tan preciado como lo es su credulidad y quizá también, de darse el caso, su obediencia; nadie manda sobre él sin su consentimiento y más que la verticalidad de la autoridad típica espera ser consultado y convencido con seducción y persuasión.

El líder se termina convirtiendo en asesor y en muchos casos en uno de Internet en calidad de *influencer*. Se entiende que, en esta relación de subordinación voluntaria, no hay una estructura de mando articulada o con mínima formalidad: escucho a mi gurú o maestro de YouTube y



ateniendo sus asesorías porque así lo quiero y es mi voluntad. Una autoridad tradicional, como la encarnada por un presbítero o un obispo católico, ya no le significa mucho a nuestro narciso; puede que sienta una simpatía y afinidad cultural por ella; pero, la someterá a las mismas desacralizantes y mercantilistas exigencias que le impone a cualquier otro maestro o guía religioso o espiritual de los que tanto abundan en Internet.

Sin embargo, hay fenómenos como el de la Ballena Azul, del 2016, que sirve de contraejemplo a lo antes dicho; dado que aquí los curadores y administradores de este juego de desafíos lograron enajenar, a tal grado, a sus seguidores que a muchos los indujeron a suicidarse siendo este acto el último de sus 50 desafíos. Entonces, habría que advertir que, así como hay militancias y lealtades triviales entre nuestros sujetos típicos de la postmodernidad, también existirán entre ellos voluntades débiles y frágiles susceptibles de ser avasalladas y alienadas por los líderes de sectas o cultos perniciosos. Están estos dos grupos antípodas o extremos: el de aquellos que no se toman ninguna militancia política, social, cultural y no se diga religiosa con demasiado rigor y seriedad y los que, por el contrario, caerán en el fanatismo, a veces un tanto también narcisista, expresado en afirmaciones como: “soy seguidor de la última y definitiva revelación”, “mi movimiento, mi causa salvarán al mundo”, “somos la única esperanza de los oprimidos y marginados...”.

Es decir, hay una predisposición entre nuestro sujeto narcisista a usar o a ser usado: una parte de nuestro individuo postmoderno, con todo convencimiento, y acorazado en el egocentrismo que antes explicamos, se ocupará de sí mismo con la firme convicción de que no hay tarea más importante y sanadora que atender los caprichos, apetitos o deseos personales; ya que preocuparse de los demás es infructuoso y distrayente de lo verdaderamente importante, entiéndase su persona. Peor aún, siendo más radicales, supeditar mi felicidad al acto de ayudar y servir al “otro”, al que muchas veces ni siquiera conozco, sólo puede acarrear frustraciones, decepciones y posiblemente locura. (p. 71)

Estas actitudes pueden ser catalogadas como abiertamente contrarias a los principios de religiones como la cristiana, en este caso con su vertiente católica, y con el budismo en especial con



el *mahayana*. Los otros individuos también postmodernos, de espíritu más altruista, igual pueden incurrir en cierta egolatría, como ya lo dijimos al considerarse moralmente superiores a los demás por estar entregados a una noble causa con o sin la influencia de algún líder o mejor dicho asesor de las redes sociales o del Internet.

En épocas a tras la razón de existir se la dictaba al sujeto el dogma o en sustitución la ideología; era un vivir para un “algo” que te superaba y trascendía que bien podía ser Dios, el pueblo o el Estado. Quedan resabios de estos modelos sociales pretéritos, de esa modernidad estática, e incluso de la protomodernidad todavía ejerciendo su influencia identitaria y significativa sobre ciertos individuos en occidente ya que, de oriente, de momento, en países como China o la India no nos siguen a los occidentales el paso en estas transformaciones culturales. Ahora es una exigencia personal, una competencia sólo del individuo, el buscarle sentido al existir, al margen de la vieja religiosidad, la etnia, el nacionalismo, el patriotismo... el problema es que no hay, no habrá y ni debe haber ninguna alternativa, una opción o si se quiere un remedio existencial, cultural, religioso... definitivo en esta nuestra sociedad de consumo pues contravendría las propias leyes del mercado y del sistema capitalista: toda mercancía incluso las intangibles como pueden ser ciertas ideas, creencias, formulas... están ideadas para tener una determinada fecha de caducidad; por no decir que sólo son paliativas, entiéndase, calman la angustia, la ansiedad, el sufrimiento emocional o existencial al instante; dan una luz, una ilusión, una esperanza tan sólo momentánea hasta que una terapia, vía filosófica o producto milagro llaman la atención de la clientela con su promesa de ser más actuales, quizá renovadas o simplemente mejores por ser nuevas.

Véase el caso del Método Silva de Control Mental, hoy ya casi olvidado, consistente en técnicas de relajación, concentración y meditación. Ideado por José Silva. Estuvo muy de moda a mediados del siglo XX: ¿les funcionó a muchos? seguramente sí, pero sólo por un tiempo; vendría después Conny Méndez con su obra *Metafísica 4 en 1* enseñándole a sus seguidores a decretar para que el Universo fuera generoso y próspero con ello... ejemplos así hay muchos véase, más cercano a nuestros tiempos, el éxito de Mindfulness, el *Libro del secreto* y las leyes de la atracción universal.



Lo que tienen todas en común es que son modas: hoy todos hablen de ellas, de lo eficaces que son; mañana son olvidadas y reemplazadas por otras más novedosas y prometedoras.

Los aparadores y las estanterías mudan con rapidez, con una que rebasa a los propios consumidores viéndose obligados a cambiar sus gustos o a renovarlos para no desactualizarse; así como nuestras computadoras, de vez en vez, nos piden actualizaciones; igual ocurre con nuestro universo de consumo cultural si ayer la tendencia era lo *dark*, lo gótico, lo vampírico... y vaya que era omnipresente ese movimiento de supuesta contracultura: lo encontrábamos en el cine, la televisión, los *comics* no se diga la moda; pero como nada es estable ni para siempre ahora lo que la cultura nos oferta es la diversidad de género con sus banderas de arcoíris y con ella también resuena fuerte el feminismo militante y el empoderamiento de la mujer recreado en un sinfín de productos culturales como las películas, las series, la literatura... hasta hay disidencias culturales como la representada por la moda *coquet* con sus vestidos rosas, calcetas de olanes y bolsa *vintage*. Quien no esté atento y dispuesto a mimetizarse identitariamente con el entorno cultural desentorará y será irremediabilmente tachado de trasnochado, retrogrado, conservador... (p. 92)

Desde una óptica antropológica y sociológica hemos perfilado a nuestro individuo postmoderno; lo describimos, con Lipovetsky y Bauman, como narcisista con una identidad cambiante y anclado en el presente; pero, siempre expectante de las novedades que la sociedad de consumo, en todo momento, tiene para ofrecerle porque, precisamente, son sus gustos y consumos quienes lo definen y en ellos resuelve su individualista existir como un camaleónico ser que aborrece las etiquetas del pasado. De igual manera no acepta o sólo escucha por condescendencia a las viejas autoridades; pues está más dispuesto a concederle su favor y credulidad al más convincente, entretenido y divertido *influencer* de las redes sociales y plataformas de Internet. No faltarán, entre estas seductoras celebridades del ciberespacio, quienes se las den de *coaching* emocionales, terapeutas espirituales, gurús filosóficos...; hay de todo y para todos los gustos, preferencias, inclinaciones y caprichos. Nuestro sujeto postmoderno, del que derivamos al nuevo católico multifacético, no sólo se le puede explicar y definir a partir de sus interacciones y consumos culturales; hay otro aspecto que lo define a él y sobre todo a los nativos digitales que tiene que ver



con su entorno factico y virtual, sobre tecnologizado, el cual también influye de forma determinante en sus capacidades y habilidades cognitivas y por ende en su forma de entender la realidad en todos sus aspectos siendo uno ellos, uno no menos importante, el religioso.

Marc Prensky, quien precisamente acuñó el concepto de nativo digital, advierte que estas nuevas generaciones son diametralmente distintas con respecto a las anteriores, las migrantes digitales, y su distinción o cambio no sólo está en las formas culturales, los patrones de conducta, la vestimenta... hay una verdadera singularidad que los disloca con respecto a sus antecesores y este es producto de su interacción continua e intensa con la tecnología digital: que adulto-joven *millennials*, no se diga un adolescente *alfa*, no tiene un *smartphone* que lo mantiene conectado a la red todo el tiempo y en casi cualquier lugar; hombre y *gadget* dupla más significativa y característica de nuestra postmodernidad. (Prensky, 2001, p. 1)

Giovanni Sartori advertía que la exposición de los migrantes digitales a la televisión influyó en su manera de captar, interactuar y entender la realidad; el video o imagen que nos arroja un cinescopio nos amplió nuestro rango de captación del mundo; pero a la vez lo fragmentó y acotó; quien conoce la selva Amazonas por un documental algo sabe sobre su flora, fauna y urografía, pero nada como visitarla, estar presente contemplando su exuberancia herbal y del poderoso caudal de su río. Al individuo que creció prendido de un televisor, Sartori lo bautizo como *homo videns* en quien percibió la necesidad de una sobreestimulación visual para captar su atención; para lograr su interés pues así estuvieron habituados desde su etapa temprana de aprendizaje. Pues lo mismo ocurre con nuestros nativos digitales; pero, de forma exponencial dado que la tecnología, con mejores rudimentos, han ido moldeando a las nuevas generaciones a niveles incluso neuronales; han afectado sus estructuras cerebrales a tal grado que podríamos decir estamos en el amanecer de un nuevo tipo de ser humano, uno que es cada vez más dependiente y porque no decirlo adicto a la tecnología cuyo cerebro literalmente le exige su dosis diaria de videojuegos y de redes sociales; que emocionalmente requiere que sus fotos, video o notificaciones sean aprobadas por su seguidores o contactos de *Internet* con sus senténciales *likes*. Al avance tecnológico ya nada lo detiene; no hay marcha atrás, regresar al siglo XIX y más atrás al Medioevo o a la Antigüedad es simplemente una



fantasía museográfica; muy pocos, quizás por un integrismo exacerbado, renuncian voluntariamente a esta civilización sobre tecnologizada donde Internet ya no es ninguna novedad (es más bien parte habitual y sustancial de nuestra vida) lo que está en ebullición, emergiendo en nuestro horizonte cultural, es, en este momento, la Inteligencia Artificial (AI), la realidad aumentada, el metaverso...; y con ellos vienen también los chips neuronales, las prótesis robóticas, las terapias genéticas... de toda esta revolución habrá de surgir un nuevo ser humano, uno que ya está haciendo eclosión en esta postmodernidad. Pero no adelantemos vísperas; que seguro que la nueva era parirá a nuestro sujeto en breve; pero, de momento, así como la televisión moldeó a toda una generación de migrantes-digitales; el ciber-espacio y todo lo que el conlleva han estado haciendo lo suyo en el esculpido cerebral y psicológico de las generaciones de la era digital tal y como lo describe Nicolás Carr.

Según el autor de *Los superficiales* algunos estudios multidisciplinarios: psicológicos, neurológicos, pedagógicos... coinciden en su afirmación que cuando los usuarios navegan en la web cultivan una atención somera, volátil; se mal acostumbran a una forma superficial de recibir y procesar información. Crean hábitos en esta dinámica de navegación que van reconfigurando sus circuitos mentales. Internet les ofrece una estimulación excitante por no decir adictiva a través de notificaciones, videos, anuncios... que van direccionando y estructurando sus capacidades cognitivas.

Si, como ya vimos, nuestro sujeto postmoderno está todo el tiempo alerta respecto al futuro, en una vigilia de novedades, deseoso de nuevas experiencias en su insaciable consumismo; habrá que reconsiderar que su avidez de ser sorprendido constantemente es reconocida, sufragada y reforzada por las nuevas tecnologías de la información incluidas las del entretenimiento, en esto hay una convergencia entre cultura y progreso tecnológico. El usuario quiere variedad e infinitas opciones, el ciber espacio puede darle eso más ya no sólo por un gusto desarrollado, sino por una demanda de sus propios cerebros ya habituados y estructurados para recibir todo el tiempo gran cantidad de información.



Nuestro individuo postmoderno es un desfondado consumidor de notificaciones, videos, memes...; pero también de mensajes. Este narciso cultural necesita estar todo el tiempo en comunicación con sus contactos recibiendo cientos de mensajes por hora; comunicar para que otros se comuniquen, esa es la interacción absorbente y demandante. Nada le angustia más que el buzón vacío de algunas de sus redes sociales. Ese vacío le hace zozobras, lo colma de angustia y ansiedad a la par que lo flagelan interrogantes como ¿Por qué nadie está al pendiente de mí y de mis opiniones, de los memes que creé? ¿A caso la ropa que modelé y subí para el grupo no agrado ni llamó atención y por eso no recibí mi acostumbrada cuota de *likes*? (Carr, 2018, p. 146)

Concentrado en sus *gadgets*, esclavo de un *display*, permanece distraído de lo que acontece en la prosaica y no tan estimulante realidad fáctica. Prefiere la realidad prefabricada y virtual de la web con su aluvión de noticias, opiniones, puntos de vista de una comunidad de usuarios que no obligadamente son fidedignos, confiables o rectos. A ellos les cree y más cuando hablan su idioma ideológico, filosófico, religioso... o reproducen y replican las ideas, valores, creencias que de momento asume y defiende muchas veces no con firme convicción, sino, quizás, porque están de moda o simplemente le agradan o se siente a gusto abanderándolas, le dan notoriedad o visibilidad: mírenme y admírenme soy pro-derechos animales, vegano, ambientalista, progresista...; suele ocurrir que su conocimiento y asimilación de sus convicciones sea un tanto superficial, raquíta y es que no soporta un arduo adoctrinamiento dado que está habituado a recibir destellos de información todo el tiempo; satura su memoria se vuelve incapaz de distinguir lo irrelevante de lo trascendente.

En ese tenor, en su papel de *homo religioso* lo atraerán fácilmente los sensacionalismos pseudorreligiosos y neoespiritualistas al grado que podrá dar por buenos una terapia de ángeles, se convencerá de las *Cuatro nobles verdades* del budismo con un mínimo de datos procesados y “envasados” en videos, fotos, *podcast*, notificaciones... hay todo un desfile recreativo de contenidos a disposición intensificados con todo tipo de recursos, entre los que figuran los multimedia, reforzando el mensaje y vulnerando la incredulidad de nuestro *homo religioso*. (p. 160)



Que mejor ejemplo al respecto que el de los jóvenes occidentales de países europeos, como Francia o Alemania, que fueron reclutados por los *yihadistas* de Internet del Estado Islámico (EI). Estos *yihadistas* de la *web* montaron con genialidad propagandística páginas de Internet que sirvieron de anzuelo reclutador de jóvenes que quedaron cautivados con sus ideas, convicciones y causas al grado de que muchos de ellos, hombres y mujeres por igual, emprendieron el viaje a las regiones controladas por EI en Medio Oriente para unirse a las fuerzas *yihadistas*.

El éxito de una página de Internet, de una notificación de Facebook o Instagram estriba en que se amolde a las dinámicas cognitivas de nuestros cibernautas. En su mayoría le prestan poco tiempo a la revisión de una página web cuando mucho diez segundos; y sólo una de cada diez tendrá la atención de los usuarios por escasos dos minutos sin que estos sean íntegramente empleados para la lectura. (p. 167). La experiencia de lectura de estos cibernautas es superficial y dispersa; siguiendo con el ejemplo antes citado de los jóvenes reclutados por el EI es casi obvio el decir que no se convirtieron a la fe islámica tras leer arduamente el Corán: para cambiar su fe cristiana, en caso de haberla profesado, quizás le bastó revisar unos cuantos videos, textos breves y convincentes, audios motivadores...

El vitral de la web es abigarrado con sus millones de sitios por explorar. La competencia o batalla cultural es dura entre los expositores y creadores de contenido. En este vitral casi todas las ideologías, corrientes y escuelas incluidas las creencias religiosas están representadas; a la mayoría, los usuarios le prestan una muy superficial atención, como hemos visto. Ganan la batalla de la conversión, en el caso de las iglesias y religiones, aquellas que logran conectar fácilmente con los usuarios, su secreto estriba en que convencen con poco texto o breves palabras y con muchas imágenes y videos.

El cerebro remodelado por la sobre exposición a la web de nuestro individuo postmoderno recibe también los cincelazos de neuro-plastia de otras tecnologías afines o hermanas como los videojuegos. En general nuestra interacción con las maquinas desde los comienzos de la industrialización ha tenido sus efectos en nuestra transformación como especie dígame evolución o involución según el criterio progresista o integrista. La máquina y ahora también la inteligencia



artificial (IA) amenazan con sustituir al ser humano en muchas actividades no sólo físicas, sino también intelectuales; dentro de poco, de salir ciertos los vaticinios futuroológicos tendremos a una IA escribiendo un guion de cine o diseñando un videojuego. Pobre humanidad se quedará sin nada productivo que hacer. Somos millones de habitantes atiborrando el planeta, 8 mil millones y contando, inexorablemente condenados al ocio más improductivo que productivo. Estamos en posesión de un tipo de sociedad cuyo fin primordial será entretener al individuo posmoderno, narcisista, de fidelidad líquida y de atención volátil.

Hay quien se toma la licencia de definir a nuestro individuo postmoderno como un eterno adolescente ocupado, únicamente, en su entretención y que en su condición de imberbe voluntario despeja los deslindes generacionales o diferencias culturales entre, por ejemplo, un adulto de la generación X y un mozalbete quinceañero de la generación Alfa. Estos dos extremos se fusionan definiendo a un nuevo tipo de individuo que le aplaude con denuedo a la paidocracia, los niños y los adolescentes al poder. El caso más típico de estos retrógrados generacionales son los *kitdult* a los que reconocemos como hombres, principalmente, aunque también las hay mujeres, que disfrutan de los *hobbies* y pasatiempos que normalmente están asociados con los niños o adolescentes; gustan, verbigracia, de armar legos, coleccionan figuras de acción de Star Wars, Transformers, G.I. Joe, Marvel..., juegan videojuegos, ven *anime*, leen comics...

Siendo un tanto distópicos en el resultado de nuestras consultas a la esfera de cristal de la futurología, más ludita o integrista, vislumbramos un mañana con un Estado benefactor o paternalista al cuidado no de las familias (éstas deberán irse extinguiendo sentenciadas por el progreso cultural y tecnológico), sino de individuos improductivos hacinados al estilo colmena en mega polis; serán por hábito o costumbre, insaciables consumidores de mercancías sobre todo digitales, enfrascado en la trampa de un mundo de artificio, intercalarán su existir entre la realidad virtual (el metaverso) y el mundo fáctico. Que este futuro se logre lo sabremos en unas pocas décadas. El cunero de la nueva humanidad ya está montado habrá que espera que las fábricas antropogónicas, anunciadas en un *Mundo feliz* por Aldous Huxley, sean instaladas e inicie la producción del ser humano genérico.



Mientras, como lo dice Laje, nuestra sociedad digital es presa de un adolescentismo pues son los adolescentes quienes dominan los dispositivos electrónicos; de allí que los contenidos que circulan en la *web* en buena medida los tiene como público receptor; el resto de los individuos que también navegan en Internet, de los *Baby Boomers* a los *centennials*, ven como los productos culturales que los entretuvieron durante su infancia y adolescencia están de regreso; por ejemplo Snoopy, el perro Beagle de las tiras y caricaturas de los Peanuts es todo un fenómeno cultural entre los jóvenes y jóvenes adultos de la Generación Z. Hay que entretener y distraer a todos sin distinción generacional. (Laje, 2023, p. 41)

Ser entretenido y entretener; ser sorprendido y sorprender esta es la dinámica biunívoca en el mundo digital, en la *web*: la tarea de crear contenido para el esparcimiento de las masas ya no es tarea exclusiva de las grandes cadenas de televisión, de los estudios de cine, de las empresas de videojuegos o de las editoriales de *comic* o *mangas*; las nuevas tecnologías de la comunicación popularizaron el “megáfono de la comunicación masiva”; como afirmó Umberto Eco el idiota de la aldea gracias a las redes sociales ahora es escuchado, tiene una opinión, y sobra quien le preste atención por superficial o irrelevante que sea aquello que quiera comunicar.

Nuestro adolescente honorario (o fáctico), narcisista, de convicciones volátiles, con déficit de atención por su sobre exposición al Internet sueña con la fama, algunos le apuestan a convertirse en todos unos *influencers* que no están comprometidos con el pasado ni con alguna herencia cultural más bien rechazan la propia, aunque la versión más contemporánea de ésta (o progresista) la saben emplear para juzgar a las ajenas.

Todo gira en torno a él, su ombligo para este narcisista es la medida de todas las cosas; no debiera existir más parámetro ni ley. Su parecer u opinión, por cambiantes que puedan ser, lo definen y aunque sea por momentos se aferra a ellas. No soporta ser contradicho o que alguien le lleve la contraria. Suele ser pasional. Cuán importante son para él sus emociones; o como dice Laje:

Todo lo que contraría sus emociones debe ser negado, marginado, patologizado e incluso criminalizado... sin embargo el idiota postmoderno pretende que todo lo que él siente determina la realidad... (p. 64)



Para convencer hay que estar convencido. En la certeza de que su verdad debe prevalecer porque es correcta o mejor dicho buena, nuestro individuo progresista, postmoderno puede llegar a ser impositivo. No falta quien le crea y se sume a sus filas. Este puede ser el caso del varón heterosexual, blanco de mediana edad que, atento al discurso progresista y feminista, ha llegado a aceptar que su condición cultural y biológica le han otorgado injustamente una serie de privilegios a los que debe de renunciar y está dispuesto a deconstruir su masculinidad para liberarse, por su bien, de las atávicas expectativas culturales que pesan sobre él por la simple razón de ser hombre.

Para las corrientes culturales dominantes todos deberíamos deconstruirnos; es decir, abandonar las amarras ontológicas esencialistas y estar abiertos a la pluralidad de significados e identidades que se resuelven en el existir. En esta pluralidad, consustancial a la tolerancia, los sentidos y pareceres pueden ser totalmente distintos o incluso antitéticos. Mas hay que ser conscientes de que la tolerancia no es hacia todas las identidades y posiciones culturales, ideológicas y religiosas, por ejemplo, los liderazgos más progresistas, dueños en buena medida del “escaparate” y el “megáfono” suele ser intolerantes con las militancias derechistas o conservadoras. Incluso entre los distintos tipos de catolicismo: modernos progresistas, neoconservadores, integristas... versan antagonismo que parecieran ser irreconciliables cuando se enfrentan en la “arena” o “pancracio” de la postmodernidad y la postsecularización.

Centrémonos pues entonces en el católico de esta postmodernidad y reconozcamos sus diferentes variantes. El católico postmoderno ya no es un cruzado ni un cristero; ha renunciado a la violencia como instrumento legítimo y viable para lograr la conversión del “otro”. En los tiempos actuales no hay un equivalente católico al *yihadista* del islam; ya no hay luchadores en la grey dispuestos a emprender la guerra santa contra las amenazas de los infieles y enemigos de la Iglesia.

Hay un rompimiento de filas en la institución religiosa y milenaria; las campanas llaman a misa y cada vez son menos los que se presentan; pero de los ausentes no todos han dejado, en lo nominal, de ser católicos; pero, han perdido disciplina y ya no están atentos, clericalmente, al sermón dominical, ni atienden las palabras y orientación de su confesor. Y estos se debe a que las



viejas formas de adoctrinar: la catequesis, la predicación, la confesión... ya no son tan eficaces en los nuevos creyentes a razón de su estructuración cognitiva y formación cultural: recordemos que tienen un pie en lo virtual y el otro en el mundo factico y su predisposición es aprender más del primero que del segundo; a esto hay que sumarle que han asimilado el discurso de la tolerancia, la inclusión y la diversidad, y están convencidos de la eficacia de este nuevo credo para explicar todos los ámbitos y esferas de la realidad; en su nueva formación, una que corre por parte de la escuela y del mercado (con su cultura y esoterismo de masas), con gusto proclaman “abajo las instituciones totalitarias”, “viva la libertad y la individualidad”.

Nuestro católico postmoderno tiene un núcleo duro creencial sumamente orbitado de muchas ideas y creencias. Está habituado y condicionado a estar atento a nuevas informaciones que lo invitan a cambiar a cada momento su impresión sobre el mundo. Difícilmente acepta una verdad única, dogmática, definitiva y por tanto confiable; ante el aluvión de noticias al que está expuesto es muy probable que ya ni siquiera sepa en qué cree; sus nociones y referencias de la realidad suelen cambiar, nada es constante salvo el cambio en sí mismo. Así es la postmodernidad, en ella como lo señalan los filósofos como Gianni Vattimo ya no hay cabida para la metafísica.

Un conocimiento supremo, de naturaleza divina o suprahumano, hace tiempo que ha sido descartado con el predominio de un cientificismo que puso en su lugar, de garante de la verdad, a la propia ciencia. Pero si la ciencia sepultó en el pasado remoto a la metafísica; vino la postmodernidad cuestionando al propio optimismo del cientifismo que soñaba con ver progresar al pensamiento positivista adueñándose, monopólicamente, de la verdad al proclamar que, si es una verdad científica y por tanto objetiva, no hay nada que objetar, fin de la discusión.

Desde los primeros atisbos a esta modernidad líquida, los pensadores postmodernos como Jean-François Lyotard postmodernidad cuestionó esta supuesta objetividad al señalar que la prevalencia de una teoría científica muchas veces se debe a un asunto de marketing universitario y a su aplicabilidad para alguna cuestión tecnológica.

Si eso le hizo la epistemología postmoderna a la ciencia; peor fue la suerte de la metafísica; digamos que al ser desdogmatizada por este esfuerzo epistémico de relativizar y subjetivar toda



verdad su efecto prisma dio como resultado una diversificación de las verdades reveladas; el Corán, el Libro de Urantia, la Biblia, el Tao Te King, el Libro del Mormón... en un mundo globalizado dejaron su exclusivismo religioso y se integraron, como competidores, al mercado mundial de las religiones.

¿A quién creerle? ¿Cuál es el profeta autentico? De entre todos los místicos, los santones y demás hombres y mujeres espirituales que se anuncian en Internet ¿con quién quedarme para darle sentido y verticalidad a mi existencia? Estas son preguntas difíciles de contestar; incluso el católico postmoderno se ve en estos embrollos religiosos y espirituales que, en el entendido de Vattimo, no hay que tomarlos como una crisis, sino como un nuevo capítulo en la historia de la religión, uno marcado por lo que él llama la fe débil; insiste que para estar a tono con el nuevo panorama cultural hay que aligerar dogmáticamente al catolicismo.

Es comprometedor y lastrante para la fe católica seguirse ostentado como la única religión verdadera; que fuera de ella no hay salvación. Propone Vattimo reducirla a la caridad: bajo el entendido de que los mandamientos esenciales que sintetizan a todos lo demás son: “Amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”. Sencillo en la letra; pero, difícil en la práctica. Esta premisa va muy a tono con nuestro individuo postmoderno tan atento y diligente con sus emociones; para él no implica un gran esfuerzo basar su profesar religioso a un asunto sentimental como el amor ya sea primero a lo trascendente, Dios, y luego a lo inmanente, el prójimo. (1996, p. 96) El católico postmoderno será uno de fe débil entendida como desdogmatizada y por tanto abierta a la convivencia y al diálogo interreligioso; aplicando así los principios, tan postmoderno, de la inclusión y de la diversidad al ámbito religioso.

En esta sociedad del confort que, como ya habíamos dicho, impera una cultura del entretener que le marca el paso a una proclividad a la holganza; entiéndase que para satisfacer sus deseos nuestro individuo postmoderno no necesita esforzarse mucho y esto priva hasta en los asuntos más triviales, por ejemplo, antes para ver su programa favorito, los *baby boomers* o sus descendientes de la generación x, muy disciplinadamente, tenían que esperar, teleguía en mano, el día en que era transmitido ya fuera por la televisión abierta o por la de paga; ahora el servicio de *streaming* que inició con Netflix le ofrece al usuario una inmensa e inmediata gama de series y



películas; igual ocurre con la música y hasta con los libros y los *comics*; quieres un ejemplar de tu autor favorito ya no hay que ir a una librería y menos a una biblioteca lo puedes descargar de algún sitio de Internet y pagarlo con tu tarjeta. No es la sociedad postmoderna una maestra de la paciencia y el esfuerzo. Esta tendencia cultura, como muchas otras, también reverbera en el ámbito de la religiosidad. Para el individuo postmoderno el ritual religioso ha perdido mucho de su sentido y relevancia; él está más atado a una rutina dictada por los ritmos y pautas de la economía. Las acciones que generan ganancias son las que importan; las demás tienen una importancia relativa o secundaria.

El ritual que no sea abracadabrante, con verdadero impacto emocional y psicológico; catártico para su ejecutor y participantes termina resultando tedioso. Desde que la secularización vio prevalecer como una realidad posible a la profana, el ritual perdió importancia ya no había dioses a los cuales invocar ni ancestros del más allá a los cuales conjurar. Bajo estos presupuestos, el católico postmoderno entiende los rituales como simples ceremonias sin otro valor que el meramente social y cultural. Si puede los evitará ahorrándose el tedio de su participación en ellos. Igual ocurre con los rigores consustanciales a la pertenencia religiosa; entiéndase que asumirse como seguidor de una creencia conlleva ciertos compromisos y disciplinas. Tenemos el caso, muy representativo, de un musulmán a quien la *Sharía*, o ley coránica, obliga a realizar cinco oraciones al día orientándose hacia la Meca, a la que también, como parte de sus exigencias religiosas, tendrá que visitar en peregrinación una vez en la vida. Estas prácticas religiosas tan presentes todavía en el mundo islámico no tienen su símil o replica en nuestro postmoderno occidente. Sacralizar ritualmente el día entero; que todas nuestras acciones las consagremos y pongamos en manos de Dios, al católico postmoderno le puede parecer una exageración propia de los fanáticos religiosos; con los cuales obvio no empatiza, él está más cómodo con lo que podríamos llamar una religiosidad débil sin grandes exigencias ni compromisos; religiosidad que se complementa con la fe débil de la que habla Vattimo.

La trascendencia social, política o incluso económica de la religión en occidente va en declive ante el avance de la desmitificación del mundo y nuestra gradual inmersión en la otra realidad



cuyos pilares son los servidores y computadoras. ¿En el metaverso donde está y quien es Dios? Intuimos, poniéndonos apocalípticos, que será una súper inteligencia artificial quien se asuma como Dios en esa realidad virtual y sin duda contará con sus fieles y adoradores entre los cibernautas; pero ese es otro tema.

La experiencia religiosa, a cómo van las tendencias culturales, se convierte en algo personal y privado. En el caso de nuestro católico postmoderno de religiosidad y fe débil el asunto de su catolicismo lo asume como una cuestión meramente personal y muchas veces lo mantendrá tranquilo, durmiendo el sueño de los justos, pues como ya lo hemos dicho tiene mucho en que entretenerse, y le sobran además distractores en esta cultura del confort.

En este católico desaliñado religiosamente ya no hay una identificación profunda con la fe que cree profesar; no siente un compromiso existencial para con un Dios al que, por doctrina, debería considerarlo su creador, el dador de vida, el artífice del mundo y por quien la realidad tiene sentido y curso. Superado y adiós al viejo teocentrismo. A Dios lo ha dejado en un lugar distante de su memoria, quizás de sus recuerdos de infancia, cuando recibió la formación religiosa elemental en el catecismo; no le necesita y, por tanto, no siente la exigencia de amarlo por sobre todas las cosas ni lo tiene como referencia y pauta moral en su actuar. Congruencia con su ser católico; para nada, empezando porque integrante de una sociedad secularizada rara vez se topará con una instancia vigilante que fiscalice su proceder con acomodo a una moral cristiana; y de existir ese fiscalizador de su conducta fácilmente lo podrá evadir o ignorar.

Padres de la generación X o Y que afrontaron la desacralización de la sociedad y atestiguaron el advenimiento de una postsecularización difícilmente asumen el papel de inquisidores de la praxis religiosa de sus hijos, en algunos casos ellos mismo son un vivo ejemplo de laxitud religiosa. Nada adoctrina más que el ejemplo. Esperar la toma de lista y la evaluación del desempeño religioso del creyente laxo de parte del presbítero o del guía espiritual es poco menos que complicado. Hay muchos a los que tiene que atender. Y reconozcamos que la asistencia a misa y el sacramento de la confesión distan de ser obligatorios; los procura el que quiere. El asunto del profesar una fe se va convirtiendo en un asunto informal e individual. En boca del católico de fe y



profesar débil, y de los creyentes postmoderno en general, es común oírlos decir: “Soy católico a mi manera” con todas las licencias y libertades posibles; “Dios y yo nos entendemos; tenemos nuestros acuerdos”; “soy una persona espiritual pero no religiosa...”. La religión pasa a ser un asunto privado, personal y hasta emocional más que doctrinario.

Quiere nuestro creyente postmoderno, y con el nuestro católico laxo, instituciones religiosas desestructuradas, informales, que no impongan un rigor militante ni grandes exigencias en el profesar; que entiendan que su función es entretener y emocionar dado el sentido de carnaval o de espectáculo masivo que se le quiera dar al rito religioso. Nuevamente el rito deja de ser el acto hierofánico, que restablece en el tiempo y el espacio la armonía divina y el imperio de Dios, para convertirse en un espectáculo más. (Feria, 2015, p. 213) Tenemos el caso de la iglesia protestante Heiliggeistkirche, en la ciudad alemana de Heidelberg que tiró un boletaje para asistir a dos oficios religiosos en los que se tocó música en vivo de la cantante estadounidense Taylor Swift. Las entradas se agotaron. Todos los feligreses felices y profusamente emocionados.

De eso se trata, de emocionar. No estamos ante un nihilismo religioso o filosófico como tal; no hay una indiferencia plena ni completa a hacia la religión; enfrentamos más bien su redefinición y en algunos casos su banalización: así como un fanático de los deportes extremos se procura experiencias vibrantes que lo pongan al borde la muerte; también encontramos que muchos buscadores de lo religioso y lo espiritual, en este contexto postmoderno, animados por un vitalismo ávido de emociones, esperan de la praxis religiosa verdaderas experiencias culminantes. Compro y consumo experiencias clímax y para esto reviso las ofertas, entre otras opciones, del mercado mundial de las religiosas. (Barrero y Ojeda, 2011, p. 21)

A este mercado concurren todos los interesados; no es un club de clientela reservada; en él entran y salen por igual los creyentes de las más distintas denominaciones incluido también nuestro católico de fe y religiosidad débil. Difícil resistir la tentación de probar métodos, vivencia y terapias nuevas, está en el ethos del postmoderno el no hacerlo, aunque el dogma de su creencia se lo prohíba.



La mercantilización de lo sagrado y la sacralización de la mercancía son dinámicas culturales muy características de la postsecularización. Si lo religioso pasa a ser una mercancía más en el anaquel podría, con el tiempo, terminar confundándose con el conjunto de facultadores de experiencias clímax esto marcaría su difuminación y su paulatina conversión en un remedo, un simulacro de lo que fue en antaño. Cabe la posibilidad que parte del legado de las religiones tradicionales, como la católica, sea asimilado, como de hecho ya ocurre, por los productos culturales de lo que denomino el *esoterismo de masas*. Esta otra destinación implicaría su pervivencia; pero, a manera de una simple referencia estética, anecdótica y en el mejor de los casos simbólica. ¿Qué subsistirá en el imaginario cultural de un futuro remoto del catolicismo quizás lo que retrató de él, muy parodiadamente, un videojuego clásico como *Castlevania*, o *Assassin's Creed*... comics como *Priest*, *Hellboy*, *The Magdalena*... mangas o animes como *Neo génesis Evangelion*, *Vatican Kiseki Chousakan*... Nuestros católicos postmodernos verán en un futuro sus creencias trasvasadas al esoterismo de masas gozando esta exportación de su indiferencia o incluso de su complicidad.

## Referencias

- Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Barrero, A.F; y Ojeda, R. (2011). Religión y posmodernidad. *Reflexiones teológicas*, 8(11-36) julio-diciembre 2011. 12-35.
- Carr, N. (2018). *Los superficiales ¿Qué est haciendo Internet con nuestras mentes?* México: Taurus.
- Feria, D. (2015). El debate de las organizaciones religiosas en la perspectiva de la secularización. *Andamios*.
- Laje, A. (2023). *Generación idiota. Una crítica al adolescencismo*. México: HarperCollins México.
- Lipovetsky, G. (2000). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. España: Editorial Anagrama.
- Mardones, J. M. (1988). *Postmodernidad y cristianismo*. España: Editorial Sal Terrae.
- Mardones, J. M. (2004). *¿Hacia dónde va la religión?: postmodernidad y postsecularización?* México.



Prensky, M. (2001). Nativos Digitales, Inmigrantes Digitales. *On the Horizon*.

Quesada, M. A. (2016). Ser o no ser católico en América Latina: el dilema vigente. *Repertorio Americano*.

Silva, S. (2006). La inculturación del Evangelio, un desafío crucial de la Iglesia Católica. *Estudios Públicos*.

Vattimo, G. (1996). *Creer que se cree*. Argentina: Paidós.

Vattimo, G. (2021). *Después de la cristiandad. Por un cristianismo no religioso*. PAIDÓS Básica.